

El Baluarte

DIARIO REPUBLICANO

DIRECCION Y ADMINISTRACION

Lagar núm. 5.

Subscripción.—Sevilla: Un mes, 2 ptas.—
Un año, 20 ptas.—Provincias: Tres meses, 7 1/2
ptas.—Un año, 25 ptas.—Pago adelantado.
Número atrasado, 25 céntimos de peseta.

NÚM. 276.

Sevilla.—Viernes 30 de Noviembre de 1900

AÑO XXIV.

Mitín republicano

Por fin se ha decidido el Directorio de la Unión republicana á romper el silencio y ponerse en contacto directo con el pueblo.

La población indicada para la celebración del primer mitín parece que es Valladolid, la capital castellana donde tan numeroso é importante es el núcleo del republicanismo, y donde tan directa y prestigiosa influencia ejerce el presidente del Directorio señor Muro.

Bien pudiéramos citar nombres de los republicanos significados que han de concurrir al primer acto del republicanismo oficial, después de tantos años de silencio; pero como esto no hace al caso, porque los nombres importan poco y significa menos, limitémonos á manifestar á nuestros lectores que el acto tendrá lugar en el grandioso teatro de Calderón de la Barca, y que á él concurrirán muchos republicanos de Madrid y de las provincias centrales de España que tienen fácil y rápida comunicación con la capital castellana. Se considera segura la concurrencia de la mayoría de los diputados que forman en la Unión republicana, para dar mayor solemnidad al acto y para demostrar ante civiles y militares, ante amigos y adversarios, la cohesión y la fuerza del partido republicano.

También se dice que en el acto de la llegada á Valladolid del Directorio y de los que le acompañan, se verificará una manifestación importantísima, á la que concurrirán, no sólo los numerosos republicanos de Valladolid, sino un importante número de patriotas y contribuyentes en son de protesta contra el clericalismo imperante, y de acenuada significación de protesta contra los abusos de los impuestos y contra el régimen de privilegio que impera actualmente, convencidos de que esto no tiene curap por el lado de la monarquía, y bien dispuestos á reanudar la acción del partido republicano, si se decide franca, resuelta y denodadamente, á dar la batalla al régimen actual, para ser una verdadera garantía de los intereses nacionales y genuinamente democráticos.

No vacilaremos un instante en dirigir nuestros aplausos á los iniciadores del mitín, ni escatimaremos tampoco la gloria que se merecen sí, sacudiendo la pereza y abandonando esa coacción que parece tibieza ó falta de fé, entra de lleno por el buen camino y da al acto el carácter y la importancia que debe revestir después de tan prolongado como incomprensible silencio.

Están en suspenso las garantías constitucionales, y el Gobierno fuera de la ley; las libertades no parecen por ninguna parte, como no sea para proclamarse el Gobierno católico y clerical; pues lo menos que pueden y deben hacer los diputados republicanos y los que no lo sean que tomen parte en el mitín, es responder con entereza á la violación del derecho con la necesidad de reponerle por medio de la fuerza y de la violencia, que ante un gobierno desacreditado y complicado en todas las desdichas de la patria, y ante un régimen que causó la ruina, la bancarrota y el desastre nacional más grande que registra la historia, lo menos, lo menos que puede hacerse es rebelarse franca y denodadamente.

Si se va al mitín con miedo, con dejos de legalidad, con distinguos, con corrección, se reirá el Gobierno y el país se encogerá de hombros. Es preciso que el primero se revuelva airado contra los republicanos para que la masa nacional abra los brazos y se entregue resuelta y sinceramente á la devoción de nuestras instituciones libres; con absoluta confianza en nuestros hombres; y éstos no deben olvidar que pueden ganar en una noche el terreno perdido en tantos años de vacilaciones, de dudas y de desconfianzas inconcebibles é injustificadas.

Que responderá el pueblo, no tenemos duda, como afirmamos que la masa está bien preparada, y que, para que la gran explosión nacional en favor de la República se produzca, no se necesita más que aplicar la mano al botón para que explote la caldera.

Tengan en cuenta los directores, que el pueblo á que se van á dirigir necesita más que pa-

labras, actos y energías para imprimir el movimiento necesario para la regeneración de la patria y la reintegración al pueblo en sus derechos.

Que esto ya no se logra desde el Parlamento, y que hay que ir á buscarlo á la calle, donde ha estado y estará siempre la salvación nacional y la reintegración del derecho atropellado.

El mitín se verificará, según nos informan, el día 8 de Diciembre, y de su resultado daremos una amplia información á nuestros lectores.

A.A.

Murmuraciones

Antes de pasar adelante quiero acusar recibo de la última novela de don Vicente Blasco Ibañez, titulada *Entre Naranjos*, cuya adquisición recomiendo á mis lectores, y cuyas páginas me estoy bebiendo para entresacar de ellas un trozo, y que los abonados á EL BALUARTE puedan apreciar por sí mismos las innumerables bellezas, la hermosa frescura y el profundo talento del notabilísimo escritor valenciano.

Blasco Ibañez ha traspasado ya la línea de los escritores que necesitan recomendación. Se recomienda su nombre solo.

Su árdua labor como hombre político y como literato genial y valiente, de carácter singularísimo, le relevan de elogios vulgares, que para nada necesita.

Por eso me circunscribe á advertir que su última novela *Entre Naranjos* se halla á la venta en las principales librerías.

Nuestro Alcalde se entretiene á la hora presente en oficiar á los mayordomos de las hermandades de las cofradías de Semana Santa para que se sirvan contestarle si en el próximo año van á salir á hacer estación, con el objeto de preparar las subvenciones que la corporación municipal habrá de darles para que su fé católica no se amortigüe.

Ya se sabe que la religiosidad es cuestión de dinero.

Si se le paga bien... habrá Cristo de las tres caídas.

Si no se le paga... Cristo se queda arrinconado en el almacén, sin una mala luz y sin un mal padrenuestro.

Todavía faltan cuatro meses, pero... hay que ir preparando los chismes para justificar ese saqueo, impropio de pueblos que dicen tener fé en sus creencias religiosas.

Creencias que se cotizan en las arcas del erario de Propios al precio... ó como libra de peras:

La princesita de Asturias ha encargado á su ajuar á París, porque en España esas cosas se hacen mal. ¡Digo!... ¡Si será española, y á nosotros nos querrá! El novio... del extranjero: tiene que ser majestad, y en España se ha agotado esa clase original.

Los vestidos y las joyas también de fuera vendrán; el dinero... es otra cosa: el dinero es natural que sea español, porque ¿dónde lo va la niña á encontrar, si ya los pueblos no quieren conocer más majestad que la del talento insigne ó la virtud singular?...

Con motivo de las reformas militares, los escritores independientes y de claro juicio resucitan los antiguos hechos de armas y las pasadas y recientes desdichas, buscando las atenuaciones naturales.

Luis Morote, un distinguido escritor que fué testigo en Cuba de los sucesos acaecidos, hablando de ellos escribe de esta manera sapa y sincera, sin ninguna clase de apasionamientos:

«Por un lado hay en la opinión el prejuicio malsano de creer que los militares no cumplieron con su deber en Cuba, en Filipinas y en la guerra internacional. Atenta la opinión al resultado, no se explica que la toma de Puerto Rico fuera para los yanquis cual un paseo militar; no se explica que en Santiago no se renovara el ejemplo de Numancia y viniera la capitulación tras día y medio de combate; no se explica que las jornadas que señalaron el hundimiento de nuestra escuadra no fueran otro Lepanto; no se explica, en fin, que doscientos mil hombres sucumbieran ante los que se nos presentaban como unos malos milicianos nacionales. La historia de aquellos sucesos no se ha escrito aún, y

tal vez no se escribirá jamás por españoles. Tendrán que venir los extranjeros á mostrarnos lo que fué aquello, y por qué fué, y cómo constituiría una iniquidad tachar de ruín ejército al que durante tres años sostuvo la guerra contra el vomito, el hambre y la manigua. Entonces se hará justicia á nuestros soldados, más desgraciados que culpables, como ya se va haciendo á nuestros marinos, al resultar patente el imposible físico de oponer débiles tablas sin cañones á formidables acorazados ó cruceros.»

Todo eso está muy bien, don Luis, y nadie le argüirá en contrario.

Yo no he oído jamás hablar mal de los marinos españoles en lo que respecta á cumplir estóticamente con su deber á la hora de pelear, sino á la hora de cobrar, á la hora de construir, á la hora de prepararse para las contingencias del mañana.

¿Tiene la nación la culpa de que enfrente de los grandes acorazados norteamericanos se opusieran débiles tablas sin cañones?

Nó. La nación dió su dinero para acorazados y para cañones, y como lo dió, por eso les exigía que cumplieran como su historia y su honor le demandaban.

¿Quién se comió el dinero de los acorazados y de los cañones?

Los marinos, porque ellos y nadie más se inmisculan en esos asuntos de su exclusiva competencia.

Luego... los que le achacan á la mariona la culpa de la vergonzosa derrota de que fué víctima no van descaminados.

Y estas cosas no necesitamos que vengan los extranjeros á explicárnoslas.

Nosotros las sabemos de memoria.

El periódico carlista de la plaza, ilustrando á sus lectores y lectoras, les da la siguiente lección, que resulta graciosísima, porque esta gente todo lo convierte en sustancia.

Verán ustedes:

«6.º ¿Qué deben, pues, hacer los que quieren cumplir con los deberes que la fé y salvación eterna les imponen en esta materia?

Hélo aquí:
I. No abonarse jamás á ningún periódico malo, ni comprarle sin absoluta necesidad. Si por ello hay que pasar días sin ningún papel, el mal no será grande, ni merece siquiera el nombre de mal.»

¿Será esta gente desaseada cuando asegura que pasar varios días sin ningún papel no ocasionará mal alguno?

¡Pobres beatas las que estén de purga y no tengan á mano un periódico de los de su comunión!

Y sigue:
«II. Si desean abonarse á algún periódico, suscribáse á uno que no tenga ninguna doctrina mala, y pueda sin escrúpulo ponerse en manos de la familia para que lo lean.»

Debieran, siguiendo el consejo de ese papel, no suscribirse á ninguno de esos periódicos que hacen de las creencias religiosas mostrador para vender sus específicos de gloria eterna.

Y va más:
«III. Emplear en la propagación de los buenos periódicos tanto dinero como se gastó otras veces en sostener los malos.»

En resumen:
Désele al colega católico-carlista el dinero, que él sabrá emplearlo en beneficio de su estómago y de su dios Carlos Chapa.

Los jesuitas pretenden quedarse con las cerillas para que los vendedores á ellos vayan á pedirselas, y les obliguen á todos á no vender prensa impia... quiero decir, los periódicos que hablan de sus fechorías. ¿Y para qué ese trabajo? Si ellos gobiernan arriba: ¡que promulguen un decreto y que á todos los supriman!

Ha dicho Romero Robledo al Gobierno en su discurso último:

«Yo temo más á ese desvío de los elementos liberales que á los partidos carlistas.

Estáis divorciados de la nación porque sois el carlismo sin D. Carlos.»

Le ha faltado decir:
—Sois el carlismo con D.ª... Fulana.

Escribiendo Manuel Altolaguirre acerca de las trabas que encuentra en España todo escritor independiente que quiere manifestarse con toda la espontaneidad de su genio, exclama, después de hablar de los escritores de más nombradía:

«¿Qué sucederá en los modestos centros provincianos? Aquí el escritor tiene que ser

sumamente prevenido, sensato, prudente, inodoro; estamos rodeados de una serie de convencionalismos que, extendiendo sus fuertes tentáculos sobre nuestro cerebro, nos privan de toda expansión intelectual franca y decidida.

Los más atrevidos siempre tenemos algo que callar...
¡Pues si nosotros escribiéramos todo lo que sentimos y se nos ocurre!

¡Irámos á la cárcel.
¿Testigo?
Mangue.
Por cierto que ahora va á hacer un año de aquella barbaridad.

CARRASQUILLA.

Municipalidades

Siguen nuestros ediles fantaseando acerca de los festejos de la próxima feria de Abril. Canavachuelo idea todos los días uno, lo expone á sus compañeros, éstos los discuten, y, al fin, acuerdan no llevarlo á la práctica.

¡Lástima de fósforo el que están gastando en la confección del programa!

No ocurriría ciertamente eso si *Pepitilla* metiera su cuarto á espadas en el asunto. Quizá propusiera la celebración de un certamen de tangos, con premio en metálico al *cantaor* de mejor estilo.

Y apostamos doble contra sencillo á que el metálico quedaba en la familia.

Como que *Realito* el menor es una especialidad en el arte. No hay *juerga* donde no tenga su puesto por derecho propio.

Leemos:
«En breve oficiará el alcalde, Sr. Checa, á los mayordomos de las hermandades sevillanas, rogándoles que manifiesten al municipio si tienen el pensamiento de hacer estación con sus imágenes á nuestra Basílica en la Semana Santa del 1901.

Ya han empezado á reunirse las corporaciones para ir tomando acuerdos, y algunas de ellas están celebrando rifas con el objeto de recaudar fondos para sufragar los gastos de las importantes reformas que lucirán sus pasos.»

Eso es: á prepararse para subvencionar espléndidamente á las hermandades, la mayoría de las cuales tienen dinero sobrante, y no necesitan para salir en procesión durante las festividades religiosas de la Semana Santa lesionar los intereses del Municipio.

Pero, como dice el refrán, «en el tomar no hay engaño», y le ofrecen, ¿qué han de hacer?

Más valía que el Sr. Checa se preocupase de otros asuntos de interés para la ciudad, que tiene en el más absoluto olvido.

Ya que con tanto tiempo se ocupa nuestro excelso Ayuntamiento de acordar en principio los festejos que han de celebrarse en la renombrada feria de Abril, con tiempo se permite recordar EL BALUARTE no olviden los señores á cuyo cargo está el cuidado y conservación de la *pasadera*, el mal estado en que se halla ésta, por efecto de la pintura.

Tiempo hay, pues, para fijarse en ello y acordar que oportunamente se pinte, al objeto de que desaparezca el óxido que tiene el hierro y que resulte *punte* más decente.

Como que EL BALUARTE no tiene taller de pintura, no se podrá pensar que le guía interés particular en esto.

«El concejal de este Ayuntamiento D. José Esquivias aspira á la elección de habilitado del magisterio en el distrito de Sanlúcar la Mayor, que debe verificarse en la capitalidad del distrito el próximo domingo.»

¡Conque don Pepito Esquivias habilitado del magisterio!... ¡Vamos, hombre!

Verdad que para pagar no hace falta ortografía.

Nuestra enhorabuena al eminente jurista, presidente de la Comisión de asuntos jurídicos del municipio sevillano.

¡Qué contento estará ahora manejando los fondos del magisterio de Sanlúcar la Mayor!

¡Lo que es la inclinación y... la carencial

Dice *El Noticiero*:

«El Alcalde nos ha manifestado hoy que las

nuevas Ordenanzas municipales están á disposición de los directores y redactores de los periódicos y para el público, con el objeto de que resuelvan cuantas dudas les puedan ocurrir.»

Tiene esto mucha gracia. Porque es peregrino eso de pretender que tengamos los periodistas y el público que pasamos por el Ayuntamiento cada vez que dudemos acerca de lo que disponen las Ordenanzas municipales.

[Cosas de Checal... que chocan, debió decir el colega comentarista.

Sánchez de Toca

«Erase un hombre á una nariz pegado.»

El rasgo fisonómico más saliente del ministro de Agricultura y Obras públicas es su descomunal nariz, tan desproporcionada, que llega siempre á todas partes antes que su dueño y señor.

Sánchez de Toca es un clerical más neo que todos los neos clericales juntos. Como que le pareció Pidal muy avanzado, y escribió un folleto poniendo á su antiguo jefe de oro y azul. Desde entonces se odian, y el director de la fé y la unidad católica, el hoy embajador de España en el Vaticano, ha hecho los posibles porque Sánchez de Toca no fuese ministro. Es costumbre entre los hermanos de Jesucristo *forrobarse* todo cuanto se puedan.

Leal adversario, hay que hacerle á Sánchez de Toca la justicia de reconocer que no es uno de tantos borregos cristianos que han llegado á ser ministros.

En un país como Francia ó Inglaterra, donde el arsenal de merecimientos propios va siempre por delante, sería Sánchez de Toca algún archivero de ministerio. Pero en España, el país de los ciegos, él es uno de tantos tuertos que han llegado á serlo á fuerza de estudiar libracos de Economía Política, Hacienda, rumar la *Summa Theologica*, y aprender todas las encíclicas del anciano acaparador de *vile metale*, huésped del Vaticano.

Sin embargo, vale mucho más que la madre abadesa (Ugarte) ó la viuda triste (García Alix).

Tiene una condición buena. Consiste en su entereza de carácter, demostrada en la alcaldía de Madrid é iniciada ahora contra las Compañías de ferrocarriles y los políticos sinvergüenzas que medran en los Consejos de administración de dichas Compañías.

Esto le hace salir á flote casi siempre. Además es un reaccionario que no hace gala de serlo. Es bien educado, y naturalmente, cuando puede servirse de los servicios de alguien los utiliza, aún sabiendo que es ateo. No es transigente como Ugarte, acaso porque sea católico de más buena cepa que éste y sin explotar la religión á usanza jesuítica.

Con todo y con eso yo no iría con él ni á la gloria.

UN CHICO DE LA PRENSA.

De actualidad

DE LA PENINSULA

En el Consejo Azcárraga trató de los asuntos parlamentarios y cuestión de Ceuta, á lo que quita importancia por las buenas amistades del Sultán.

También se ocupó de la acogida de Kruger en Francia y actitud de Inglaterra.

Firmáronse estos nombramientos de gobernadores:

De Toledo, Burell; de Logroño, Villalva; de Jaén, Monti; de Alicante, Chapuli; de Huesca, D. Antonio Albar.

Decretos levantando la suspensión del derecho de reunión en varios distritos.

Autorizando á Linares para leer en las Cortes los proyectos de Guerra.

No se ha dado cuenta oficial de la boda de la princesa.

Ugarte leyó telegramas expresando que terminaron las huelgas en Barcelona.

Cumpliendo acuerdo del Consejo, Azcárraga reproducirá los proyectos de descentralización é incompatibilidades.

Ugarte las reformas en Sanidad y el descanso dominical.

Respecto á la reorganización de las diputaciones y ayuntamientos, Ugarte prepara un proyecto que difiere por completo del que presentó Dato.

Subsisten las mismas provincias y se hacen reformas radicales.

En Murcia hay diez nuevos casos de trichinosis, aumentando la alarma.

Hay siete enfermos gravísimos: uno agónico.

Extrémense las medidas.

La escuadra se reconstituirá en Enero, formándola el *Pelayo*, *Carlos V*, *Victoria* y *Nuñanca*.

Se estacionará tres meses en Villagarca y en Abril comenzará una navegación de seis meses, haciendo ejercicios constantemente.

Visitará Canarias.

El *Imparcial* aconseja al gobierno que obre con previsión y serenidad, sin debilidad y sin atolondramiento en la cuestión de Ceuta.

España—añade—tiene sobrados motivos para escarmentar.

Romero Robledo reanudó el debate político, continuando su discurso.

Califica la crisis de inexplicable.

Hace historia de la formación de la unión conservadora bajo la jefatura de Silvela, apoyada por Durán y Polavieja, siendo éstos echados luego.

Después echóse también al marqués del Pidal para dividir el ministerio de Fomento y dar satisfacción á ambiciones personales.

Los ministerios de Obras y de Instrucción han producido gastos inútiles.

El viaje de los reyes hizose en malas condiciones y fué una imprudencia.

La Providencia veló por la monarquía, encerrada en un mal barco.

La estrella de Silvela se ha nublado; se quedará tan solo como orador, y sus amigos se irán con otros dos aspirantes á la jefatura del partido: Azcárraga y Villaverde.

Califica de anticonstitucional el nombramiento de Weyler, y extraña la dimisión de Silvela.

Recuerda una crisis en tiempo de Cánovas, análoga; pero Cánovas volvió y Silvela no volverá.

Pasa á ocuparse de la boda.

Afirma que es el único restaurador de la monarquía que queda.

El presidente agita la campanilla.

Benalúa interrumpe airadamente.

Momentos de confusión.

Sigue Romero y sostiene que los actos del monarca son discutibles cuando los refrendan los ministros.

La boda debe discutirse como se han discutido todas.

El Gobierno debe fijar su criterio y las minorías también.

Pide que se eleve un mensaje á la Regente exponiéndole los perjuicios que irrogaría á la nación la boda de que se trata.

No cabe idilio amoroso dentro de las exigencias del Estado y puede aplazarse la boda hasta la mayor edad del rey.

Parece que se casa la princesa con Caserta porque no hay otro. (*Rumores y campanillazos.*) La voz del pueblo dice que ese casamiento es nulo.

Hasta Isabel II es opuesta á la boda.

Agoniza la regencia y ve albores de tristeza en la mayoría del rey.

Llegará la educación á la familia sin ninguna para el gobierno.

Su padre tívola en el destierro.

Resultará que la minoría empezará con la mayoría del rey.

Teme peligros para el porvenir de España. Como Caserta, encontraríanse cuantos novios se quisiera.

Extraña cómo ignora el gobierno lo que sabe el Papa.

Pregunta quién se lo ha dicho.

Si el rey muriera antes de la mayoría, cuán distintos horizontes.

Sería la boda de la reina, no de la princesa. El rey casi es desconocido fuera de Palacio.

En el extranjero nada saben de sus condiciones físicas é intelectuales.

El rey ha debido frecuentar las cátedras y recibir otra instrucción, conocer los hombres de Estado y los asuntos del gobierno.

Quien ha dicho al Papa el matrimonio ha faltado á la Constitución.

La boda no desarmaría á los carlistas.

Vale más que andarse por las ramas, reformar la Constitución.

Puede sobrevenir una complicación.

Caserta es de familia destronada y la boda podría suscitar recelos en la casa de Saboya.

Excita á los jefes de las minorías á que den su opinión.

Termina protestando de que no aspira al poder.

Levántase la sesión.

En el momento en que se recibe el primero de Diciembre telegrama de haberse aprobado el convenio del exterior estampillado, se presentará á las Cortes el oportuno proyecto de ley.

Dícese que Sagasta ha escrito á Linares indicándole que hace muyas las reformas y trabajará por la aprobación, aunque precise celebrar sesión permanente.

Linares conferenció con Allende para que se discutan pronto las reformas.

Se constituyó la comisión, nombrando presidente á Silvela: son vocales, Amarelle, Inclán, Aznar, San Luis, Hernández Velasco y Retamoso.

Dicen de Oviedo que una barca que cruzaba el río Nalón, en el sitio denominado Segadas, zozobró, ahogándose siete: salvado uno.

Firmóse decreto convocando para el 23 de Diciembre á elecciones de senadores en Sevilla y Gerona.

DEL EXTRANJERO

El sábado sale de París Kruger y llegará el martes á Berlín.

Prepárasele allí recepción.

Pedirá al emperador que intervenga en favor del arbitraje que solicitan los boers.

Dícese que después de recorrer varias Cortes del continente europeo, pasará una temporada en Lawenburg (Holanda).

En la entrevista de Kruger con Loubet, Rousseau y Delcasse, sugirió el pensamiento del arbitraje.

Francia secundará las iniciativas.

Kruger, después de investigaciones por Europa, solicitará de las potencias y visitará al czar.

Kruger se propone, así que esté terminada su misión en Europa, residir una temporada en los Estados Unidos.

En Amsterdam y El Haya se hacen grandes preparativos para recibir á Kruger.

Hay constituidas sociedades de damas para agasajarle.

No pisará el territorio belga.

Dewet y Stein ocupan, después de combates parciales, á Dewetsdorp.

Los ingleses no le atacan por carecer de caballería.

Un telegrama del Sur de Africa indica que ha habido una serie de pequeños combates, la mayoría favorables á los boers.

Se recrudece el descontento y agitación de los africaners de la colonia del Cabo.

Insisten en afirmar los telegramas que la situación se agrava.

LA GUILLOTINA

Cuando mi amigo Luis Gallaut, secretario del ministro de la Justicia, nos preguntó en el entreacto si queríamos ver guillotinar al asesino de la marquesa Liana de Riez, yo respondí evasivamente, diciendo á mi mujer:—Como te parezca... ya sabes que las ejecuciones se verifican al amanecer.—Y no era por falta de deseo, no. Yo, solo, habría ido con gusto á sentir el escalofrío que los espectáculos trágicos producen; pero con ella, que era tan delicada, tan medrosa, tan enemiga de la violencia; con ella, que acaba de salir del regazo de su madre para caer entre mis brazos mimosos; con ella, con mi Laura, no, en verdad, no me atrevía. Así, cuando la oí exclamar estremeciéndose de emoción:—¡Vamos!—no dudé menos de expresarle mi extrañeza.

—¡Bah!—concluyó Gallaut—las mujeres son más valientes que nosotros.

Y luego, como el último acto iba á comenzar, se marchó dándonos cita en un café de la calle de la Bastilla, á las cuatro de la mañana.

Naturalmente no nos acostamos. Al salir del teatro, ya muy tarde, entramos en una taberna del boulevard, donde tardamos hora y media en comer nos dos docenas de ostras regadas de champaña.

Al despuntar el día, nos encontrábamos ya, mi mujer, mi amigo Luis y yo, en la plaza de la Roquette. El verdugo no había edificado aún con los cuatro maderos de la guillotina, el pórtico de la muerte. Frente á las aceras de la cárcel alineábanse algunos escuadrones de guardias republicanos, en cuyos sables, desnudos, los primeros rayos de luz prendían chispas inmensas.

El cielo estaba ensangrentado. ¿Estaba realmente ensangrentado el cielo ó eran mis ojos los que veían por todas partes el color de la púrpura humana? Sí, sí lo estaba. Laura me dijo apoyándose en mi brazo:

—¡Miral... ¡qué lindo! ¡parece un incendio!

Lo que parecía era más bien una ola de coral líquido, pues ningún reflejo metálico, de esos que por las tardes convierten en una llanura de ascuas el Poniente daba tonos intensos y cálidos al infinito.

—Es un cielo de rubí—murmuró mi amigo, para quien todo lo rojo era rubí como todo lo azul era zafiro.

Yo seguía contemplando en silencio la monstruosa ascensión de la sangre en el éter. Y poco á poco, alucinado sin duda por las circunstancias, figuréme ver palpitar, entre los vapores encarnados del Oriente, los labios de una herida fantástica. ¡Oh! aquel cielo! Aquel cielo móvil, casi blando, casi flácido! Aquel cielo que parecía vivir y sentir y cuya curva se desinflaba á medida que la substancias roja subía más en el infinito!

«Julio ¿verdad?» Era mi mujer quien pronunciaba mi nombre, ó mejor dicho el nombre del asesino que por una desagradable casualidad se llamaba lo mismo que yo.

«Y ella, la marquesa Liana, ¿qué clase de mujer era?»

Mi amigo, muy enterado de los misterios de la vida parisiense, contestaba complacientemente.

—«Ella? Una falsa marquesa, más falsa que las del Papa. Sus padres habían sido porteros ó cosa por el estilo. Pero muy lista, eso sí, y muy bella, y también muy caprichosa. En cierta

oportunidad se le ocurrió hacerse actriz y como ningún empresario quería aceptarla, ni aun con dinero encima, compró un teatro. Y lo más curioso es que tuvo éxito. Larcey habló de ella como de una graciosa esperanza del arte ligero. Al cabo de poco tiempo abandonó las tablas y se afilió á una secta ocultista. Aseguran que decía la misa negra vestida de Papa diabólico, y que una noche sirvió á sus invitados un plato de saviolis hechos con hostias consagradas. ¿Verdad que es espantoso? Algún tiempo antes de morir, abandonó también la magia negra y se entregó eu cuerpo y alma á la anarquía... en cuerpo sobre todo. Creo que á su asesino lo conoció en un club de compañeros.

—¡Ah! entonces, ¿lo conocía?

—¡Ya lo creo! Si vivieron juntos un par de meses, queriéndose mucho, según parece. Ella, por lo menos, es indudable que lo adoraba á su manera, de un modo brusco y variable. En el momento de morir, la doncella, que dormía en el cuarto vecino al suyo, y la oyó pronunciar, con voz de hipo, pero sin horror, sin crispaciones, el nombre de su Julio. El, para obligarla á callar, «morir en silencio», como luego ha dicho, la tapaba la boca con su boca... ¡Figúrese usted qué beso!

El tono de mi amigo en aquel sitio, á aquella hora, me disgustaba profundamente. Para hacerle cambiar de conversación les indiqué con el dedo el grupo que formaban los ayudantes del verdugo, trabajando ya en edificar el cadalso.

—¡La guillotina!—exclamó mi mujer apretándole el brazo nerviosamente. Pero en seguida preguntó de nuevo:

—¿Y después, qué hizo, Julio?

La plaza empezaba á llenarse de gente: seres pálidos, rostros patibularios, todos los candidatos á la pena de muerte estaban allí mirando con inmensos ojos de fiebre los preparativos de la viuda, como en términos de argot parisiense se llama la segadora mecánica de cabezas. De trecho en trecho, sin embargo, un traje de seda clara ponía una nota elegante entre tanto harapo.

—Son las eternas curiosas—dijo mi mujer.

Luego, contestando á mi mujer que insistía, prosiguió:

—Julio se escapó tontamente. Si se hubiese entregado, tal vez estaría ahora libre, pues su crimen habría podido pasar por un acto pasional; pero desapareció y con él desaparecieron algunas sortijas de valor, unos cuantos billetes de mil francos... ¿Y sabe usted quién le denunció á la policía? Su propia madre. ¡Una idea de mujer honrada, viuda de capitán! El se había escondido en un hotel donde el ama le quería muchísimo y donde la criada lo adoraba... un hotel del barrio de San Sulpicio, frecuentado por curas de provincia... Y lo más extraño es que no vendió las joyas, sino que las regaló á una chiquilla de quien estaba enamorado... Porque el tal Julio resulta un verdadero Don Juan del crimen.

—¿Era guapo?—preguntó mi mujer.

—Mírelo usted.

En aquel mismo momento, en efecto, las puertas de la prisión se abrieron. Un escalofrío sacudió á la multitud y por los sables de los gendarmes que presentaban las armas á la muerte, un reflejo siniestro pasó rápidamente.

El silencio, un silencio de angustia, de hielo, de miedo; un silencio casi religioso; un lamentable silencio fantasmal reinó un minuto. Luego se espació en el ambiente un murmullo sordo, sin palabra, hecho de tosidos secos, de crujir de dientes, de entonaciones guturales y de chasquidos de lenguas que buscaban en el fondo de la boca seca un poco de saliva refrescante.

Yo no ví nada: ví á un sacerdote, sí, que marchaba hacia atrás levantando un crucifijo: ví un grupo, una camisa blanca entre varias levitas negras; ví... No; no ví la cabeza, no ví el cuerpo. Apenas sí el reflejo de la cuchilla lució como un rayo de luna ante mis ojos. Y en seguida ví sangre, mucha sangre, sangre en el cielo, y en el suelo, y en el aire... Instintivamente me limpié las manos.

Cuando pude hablar dije:

—Vámonos.

Mi amigo nos había abandonado. Y solos, sin valor para tomar un coche, solos por la calle sola, solos bajo el cielo de púrpura caminábamos como autómatas. Digo «caminábamos» y debiera decir «caminaba yo». Ella, mi Laura, iba como siempre, ágil y rítmica, saltando cual un pájaro. Apenas si una ligera palidez y una profunda sombra azul bajo los párpados la daban un airecillo delicioso de fatiga.

—¿Estás cansada?—le pregunté.

No, me contestó. Para hacerme ver que no, que no mucho, que tal vez no, enseñóme sonriendo